

060. Sin ninguna excusa

Un cura tenía siempre llena la iglesia los domingos porque era una delicia escuchar la homilía, salpicada de chistes simpáticos y de ocurrencias curiosas. Y en una Misa suelta con aire festivo:

- Me ha llegado una carta de Estados Unidos, y en el sobre un billete de cien dólares para las obras de caridad y apostolado de la Parroquia. Pues bien, yo lo doy a quien me venga al despacho y me traiga una sola excusa para no ser santo. Los cien dólares para el valiente que me presente esa excusa. Yo también entro en el concurso...

Pasa una semana, y el siguiente domingo, igual:

- Aún tengo los cien dólares. ¿Nadie los quiere?...

El tercer domingo, comenta ante la curiosidad de todos:

- El premio ha quedado vacante. Nadie ha querido los cien dólares. Lo peor es que no me los puedo quedar tampoco para mí, con lo bien que me vendrían para una vacación. Por más que he discurrido, me encuentro sin ninguna excusa para ser santo. Todos hemos perdido ese billetito verde tan hechicero...

Bromas del cura aparte, por más que discurramos no encontraremos nada en nuestra fe que nos excuse del deber imperioso de ser santos.

La vida cristiana es una llamada de Dios a la santidad, es un ejercicio de santidad, es un hacerse con la santidad, ya que *Dios nos ha elegido para ser santos, inmaculados y amantes en su presencia* (Efesios 1,4)

Una de las palabras más importantes de Jesucristo es aquella del sermón de la montaña: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mateo 5,46)

Vendrá la enseñanza oficial de la Iglesia —y nada menos que con el documento central del Concilio— y nos dirá, no a los curas y a las monjas, sino a nosotros, los laicos, los seculares: *Los fieles, de cualquier condición y estado, son llamados por el Señor a la perfección de la santidad con que es perfecto el Padre.*

Por invitación y mandato de Jesucristo y por enseñanza de la Iglesia, nos hallamos *sin ninguna excusa* para ser santos y santas de verdad.

Hoy necesitábamos en el mundo que alguien nos pusiera bien alto el ideal, porque la vida moderna, con los progresos de la técnica y las facilidades que da para la comodidad y para el placer, son una invitación constante a la vulgaridad. La vida fácil no crea héroes.

Hoy también, al haberse creado esa brecha tan grande entre ricos y pobres, los pobres no tienen facilidades para la vida del bienestar; pero, al mismo tiempo que luchan por la justa vindicación de sus derechos, encuentran en el ideal de la santidad lo que más puede dignificarlos a los ojos de Dios y del mundo.

Entonces, los héroes que produce el ideal de la santidad se reparten por igual entre los pobres como entre los ricos, porque, como decía el Papa Juan Pablo II, *hacerse santo es una dura conquista y supone un compromiso y un esfuerzo que duran toda la vida.*

¿Quiénes son los santos? Abundan, y no los conocemos. A todos los santos les pasa lo que le ocurrió a Don Bosco. Llega a París en una visita, y va a hospedarse en una casa parroquial. El Cura Párroco lo recibe, pero no se lo queda en casa, sino que le manda a la

buhardilla de un sexto piso. Don Bosco, ya anciano, calla, acepta con humildad, con sacrificio, y no dice nada. Muere al poco tiempo, y piden testimonios para el proceso que había de llevarlo a los altares.

El cura aquel, lamentándose tardíamente, exclama: *¡Si yo hubiera sabido que era un santo, con qué gusto me lo hubiera quedado en mi propia casa!...*

Así de desapercibidos pasan muchos santos y santas, pues no a todos glorifica Dios en vida como a un Padre Pío o a una Madre Teresa...

¿Quiénes son santos?, nos volvemos a preguntar. Y la respuesta podríamos darla con estas solas palabras. *Santo es quien pone a Dios en el centro de su vida.*

Ese hombre trabajador —en el campo, en el taller o en su oficina—, ¿piensa mucho en Dios, lo ama, trabaja con todo el interés por cumplir su deber y le ofrece todo a Dios con la perfección de Jesús en Nazaret? No discurren más, ése es un santo.

Esa mujer bendita —metida en el hogar, cuidando de los críos enredones, haciendo la cocina y revolviendo las camas..., o la secretaria, la maestra y la enfermera..., la estudiante y la colegiala—, ¿tienen a Dios en la cabeza y en el corazón, y le sueltan un *¡Dios mío, te amo!* como el mayor desahogo de sus almas tan bellas? No discurren más, esas mujeres son unas santas.

Esos hombres y mujeres, asiduos a la oración y a los Sacramentos, y tan normales por otra parte en su vida social, todos son unos santos. Llevan a Dios metido profundamente en el alma y lo han constituido centro de su vida. Por eso lo reflejan suavemente, sin estridencias. Lo dejan pasar a la vista de todos como la vidriera del templo deja pasar los rayos del sol, mostrando las imágenes preciosas en ella estampadas.

El mundo necesita santos, y Dios se los da en abundancia. Hay más santos y santas de los que nosotros pensamos. Aunque también es cierto que podría haber muchos más...

Al querer trabajar por el mundo, pensamos —como se ha pensado siempre— que la obra máxima es hacernos santos, porque los santos son el resorte más poderoso utilizado por Dios para salvar.

Dios llama, y la palabra de Jesús —*¡Sed perfectos!*— es un ideal colocado delante de nuestros ojos como un desafío. Puestos a discurrir, nos costaría mucho encontrar excusas válidas para decirnos: *¡Eso no es para mí!*... El billete de los cien no lo recogería nadie...